



“Ya no me siento a gusto en este mundo”, un viaje del melodrama al humor *gore* en solo unos pasos

***I Don't Feel at Home in This World Anymore*, Macon Blair (2017)**

Primero nos engancha por su naturalidad, con un cierto toque de melodrama social *made in USA*, en torno a la desdichada Ruth (Melanie Lynskey): una tímida auxiliar de enfermería, solitaria y deprimida que para colmo de males sufre un robo en su casa y comprueba la ineficacia de la policía para resolver los pequeños hurtos domésticos. Después apunta hacia la épica dramática, cuando la mujer ya nos ha empatizado. En su resignada vulnerabilidad, intenta constituirse en una heroína dispuesta a recuperar por su cuenta lo que es suyo y le fue sustraído: un ordenador portátil y la cubertería de la abuela. En su aventura y su incursión por el mundo de los desarrapados, Ruth encuentra un escudero en consonancia con tanto desastre: un vecino melindres pero de sólida moral religiosa, dispuesto a transmutarse de tipo esmirriado en un héroe a la busca de su princesa. Y al fin en el itinerario de la parodia de una epopeya va cobrando tintes cada vez más gruesos y se recrea en un *gore* que, más que brutal, resulta grotesco. Como resultado: una película a la deriva, Gran Premio del Jurado en el Festival de Sundance 2017.

Resulta esclarecedor del momento incierto, próximo al naufragio, que vive el cine independiente en la era de la globalización: el premio del jurado a la ficción USA al film de Macon Blair

aparece respaldado por el premio homólogo al cine internacional, concedido a *The Nile Hilton Incident*, de Tarik Saleh (también premiado este año en Valladolid). En ambos casos,

variantes poco ambiciosas en busca de romper moldes, los estereotipos de arquetípicas historias de aventuras, en formatos a los que ya nos tiene más que habituados el telefilm, por los que tan bien transitan las producciones de Netflix. En uno y otro caso, con personajes que nos alejan de las estrellas del *star system* y la gente guapa y *glamourosa* para buscar héroes a contracorriente que nos permiten reconocer una mirada satírica autocomplaciente en la pantalla, con aventuras de andar por casa, situando en las mismas fronteras de la ficción a criminales irreconocibles fuera de su estereotipo (Macon Blair) y a al mundo del hampa en los barrios indecentes peinados por la policía de El Cairo (Tarik Saleh). Dejamos éstos para un próximo artículo y nos centramos ahora en la ópera prima del actor y guionista estadounidense.



Cuando la vida es una mierda

El mundo normal acierta a reconocerse a sí mismo en esos momentos en los que todo parece salirnos mal, como si en el destino se nos ha cruzado un tuerto o como si todas las malas energías se nos han pegado en los zapatos y nos arrastran en las aguas de la negatividad. Un planteamiento sencillo para identificarnos en las desgracias de Ruth y en el excelente trabajo de la actriz Melanie Lynskey, que elabora con toda eficacia su personaje del perdedor (el pupas), más infrecuente en su versión femenina.

Deprimida, gordita, aburrida de su vida, adicta a la cerveza, Ruth aspira a representar con dignidad su papel de mujer normal y corriente, aunque hay momentos en los que una no tiene ganas ni para eso. El mismo día en que una anciana se le muere en el hospital mientras ve la televisión y se despide de la vida de la forma más lacónica que pueda imaginarse, como si quisiera dictar sentencia: “*mira esos puñeteros monos (unos manifestantes) la forma en que han tirado este gran país al puñetero wáter*”. Cuando en la visita al bar para tomar la última cerveza del día un tipo que parece majó, al fin uno, la sorprende destripándole como un cabrón la novela que está leyendo. Ese mismo día en el que parece que lo único que queda por hacer es meterse en la cama y cerrar los ojos, Ruth encuentra su casa revuelta: se han llevado el portátil, la cubertería de su abuela, pero lo peor: han violado su intimidad, el único reducto del mundo en el que sentirse persona.

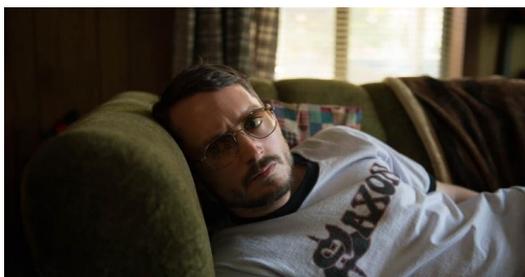


Cuando ni siquiera la policía no te hace caso

Cuando el mundo parece una conspiración de imbéciles y ni tan siquiera tienes a quien contárselo. Cuando, en fin, tocas fondo y sientes que ya no puedes caer más bajo, *solo queda convertirse en carbono*, entonces ya no hay mucho que perder, pero tienes una causa: recuperar la cubertería de tu abuela, tu referente,

ella si fue una enfermera heroína en la Segunda Guerra Mundial.

Suficiente para no dejarte pisotear, para buscar por tu mano la justicia que el destino te niega. En este caldo de cultivo, el localizador del teléfono móvil acude en auxilio de Ruth, como una señal del destino, indicándole la localización del ordenador que le han robado. La película queda planteada en unos pocos minutos, tan sólo falta “pescar” un compañero de viaje, más por necesidades del guión que porque el personaje salga a buscarlo. Sucede casualmente, como casi todo en la vida. Cruza por tu casa, dejando que su perro se cague en tu jardín, que es lo que más odias. Y te lo vuelves a encontrar detrás de una puerta, inmerso en su patético mundo de extremista radical, sin causa.



En un mundo tal para cual, Tony (Elijah Wood) es el paria perfecto para la función: tiene una extraña moral religiosa pero se entrena como un samurái, para que de el tirillas salga el superman en el momento justo, para regocijo del personal y para que el humor no decaiga. Es el contrapunto, el confidente, el colega, que incluso apunta levemente una imprevisible relación sentimental.



Cuando el destino te hace tropezar con todas las pistas

Compuesto el dúo, el itinerario del viaje parece trazado, bastaría con seguir dócilmente “*los pasos de Vogler*”: ir descubriendo amigos y enemigos, trabajar las debilidades que hacen humano al héroe, llevarle al límite, hacer salir de un conflicto para meterse en otro, *in crescendo*, de desastre en desastre.



Un recorrido para ir descubriendo seres humanos tan infelices como ella misma y su fiel escudero, Ruth y Tony, extraña pareja en quijotesca causa tan aparentemente singular y, al tiempo, universal.

En su intento de recuperar su ordenador, Ruth golpea al anciano sin escrúpulos que comercia con objetos robados. Algo, descubre, más poderoso que la felicidad de haber recuperado la cubertería de la abuela...

Cuando te has metido en un lío y no sabes cómo salir

Existe una cosa que llaman conciencia y un instinto de sobrevivir, una inercia que te hace levantarte y seguir caminando, aun cuando sea para seguir ejerciendo el papel de pelele de la función, en la redundante idea de que *no estás a gusto en este mundo...* Pero la ley del destino nos descubre que las cosas siempre pueden ir a peor.



Una corriente de misticismo emana de Tony, mientras en paralelo se va forjando el personaje del enemigo y sus secuaces. Pese a haber recuperado lo robado, ese instinto mueve a la pareja a seguir su cruzada persiguiendo a los malechores, en la ingenua tarea de arreglar el mundo... un buen pretexto para que la aventura continúe, por rocambolescas situaciones, mientras la policía redonda en su inoperatividad y deja en bandeja la confrontación en la calle, donde triunfa la ley de los despropósitos.



Cuando ya nada puede ser peor

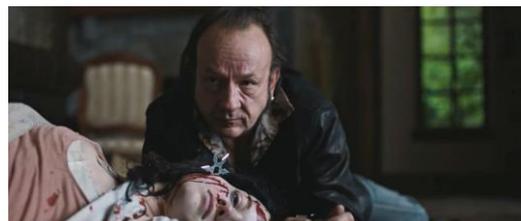
El ladronzuelo, un joven rubio con aspecto de psicópata de película (Maxwell Hamilton) y su pandilla viajan en una furgoneta, componiendo un trío con resonancias familiares, con su grotesco cabecilla al volante y el contrapunto de una joven de apariencia cándida contribuyendo a la poderosa iconografía del film. Y en confrontación, una especie de capo de la mafia, padre del joven rubio y su frívola esposa...

En el cénit de la confrontación, Ruth y Tony se meten en la boca del lobo, no se sabe muy bien por qué... tampoco lo

sabe el capo mafioso, que se lo pregunta abiertamente a la joven heroína: *¿qué es lo que quieres?*; Ruth responde: *“que las personas dejen de ser tan gilipollas”*. Definitivamente, su causa es imposible.



Para ese momento, la película ya ha hecho rebosar el límite de sus incongruencias de guion y queda solo obedecer al plan orquestado, un enfrentamiento muy sangriento, que se recrea en el *gore* de forma bastante jocosa, con peleas sangrientas apoyadas con efectos especiales ad hoc y persecuciones para los amantes de este género, entre los que no me encuentro, por lo que no puedo decir nada del disfrute de tales escenas de violencia, no gratuita, sino al servicio del espectáculo morboso del género.





Cuando la victoria sabe a derrota

De tan jocosa sátira del thriller y desagradable recreación morbosa de escenas de sangre, con un final acorde a la ignominia por la que navega el film, quedan pocas ganas para la reflexión final sobre lo que uno ha visto en la pantalla al concluir la película. Te queda mal cuerpo, te preguntas sobre la salud intelectual de los jurados de algunos festivales, de la sociedad y la cultura del espectáculo que los sustenta, en fin, del negocio del audiovisual ahora soportado por las grandes plataformas que nos meten el cine en casa. Al menos uno comprende el título del film y se siente partícipe: *ya no me siento a gusto en este mundo*, que no se salva sino más bien se condena. Apelando al freudiano sentido del humor, más que principio del placer alguno, conduce a una profunda desazón y regusto amargo.



Título original: *I Don't Feel at Home in This World Anymore*

Año: 2017. **Duración:** 93 min.

Dirección: Macon Blair

Guion: Macon Blair

Música: Brooke Blair, Will Blair

Fotografía: Larkin Seiple

Reparto:

Melanie Lynskey, Elijah Wood, David Yow, Jane Levy, Devon Graye, Christine Woods, Robert Longstreet, Derek Mears, Gary Anthony Williams, Macon Blair, Taylor Tunes, Jason Manuel Olazabal, Myron Natwick, Jana Lee Hamblin, Dana Millican, Lee Eddy

Productora:

Film Science / XYZ Films

<https://www.affinity.com/es/film808372.html>

<http://www.imdb.com/title/tt5710514/>

<http://www.elpuenterojo.es>